



los. Autorizando entre las versiones latinas la que es conocida con el nombre de *Vulgata*, implícitamente autoriza la cronología compendiada del hebreo. Pero la version griega de los Setenta está igualmente autorizada por los apóstoles, los concilios y los Padres que la citan; se puede, pues, igualmente seguir su cronología más larga. Y de hecho, la Iglesia romana, en el anuncio de la fiesta de Noél, cuenta cincuenta y dos siglos desde la Creacion del mundo al nacimiento de Jesucristo, mientras que los partidarios de la cronología hebraica no cuentan ordinariamente más que cuarenta.

Pero estos años de los patriarcas, ¿eran como los nuestros? ¿No eran simples trimestres, ó más bien años de una lunacion? Se ha dicho en libros, en diarios y por los escritores doctos, que era dar pruebas de una piedad soberbia el cristiano vulgar que creyera que los años de los patriarcas eran verdaderos años solares. Estos años, dicen, no son más que lunaciones. Sobre esta base, los novecientos treinta años, novecientos doce, novecientos sesenta y nueve, novecientos cincuenta, seiscientos, cuatrocientos sesenta y cuatro, y los ciento sesenta y cinco, que la Escritura dice vivieron Adam, Seth, Mathusalem, Noé, Sem, Heber, Abraham, se reducirán á la medida más razonable de setenta y siete, sesenta y seis, ochenta, setenta y nueve, cincuenta, treinta y nueve, y catorce, con algunos meses más ó ménos. Sin duda alguna que en estas edades no hay nada extraordinario. Sí lo es un poco que Abraham, de quien se dice murió en una dichosa vejez, no viviera, sin embargo, más que ciento setenta y cinco lunaciones, ó lo que es lo mismo, catorce años y siete meses. Es aún más extraordinario cuando oímos á Dios prometerle, á la edad de cien años, que su mujer Sara, que tenia á la sazón noventa años, le daría un hijo, y los dos se rieron al anuncio de verse padres tan viejos, siendo así que debieran, segun la opinion que combatimos, haberse reido de verse padres tan jóvenes, puesto que él no tenia aún más que ocho años y cuatro meses, y ella siete años y medio. Lo que parecerá no ménos admirable, es que Enós, Cainan, Malaleél, Heber, Faleg y Nachor, que en el texto hebreo se dice haber engendrado respec-

tivamente á la edad de noventa, setenta, sesenta y cinco, treinta y cuatro, treinta, y veintinueve años, habrán tenido hijos á la edad de siete años y medio, cinco años y diez meses, dos años y diez meses, y aun dos años y cinco meses.

Y como en una época en que se conviene que los años de los hebreos eran parecidos á los nuestros, la madre de los Macabeos llama al más jóven de sus hijos que habia lactado durante tres años, será necesario concluir, que estos graves personajes, tales como deseamos representarnos á los antiguos patriarcas, tenian hijos é hijas antes que ellos mismos fuesen destetados. Pero no es esto todo. Adam, que segun el texto original, engendró á Seth á los ciento treinta años, le habrá engendrado á los diez años y diez meses. Mas antes del nacimiento de Seth, Cain habia matado á Abel. Cuando cometió este homicidio, será necesario suponer que Cain tenia por lo ménos veinte ó treinta años. Habria, pues, nacido veinte ó treinta años antes de Seth; por consiguiente, una docena de años por lo ménos antes que su padre. Hé aquí lo que dicen implícitamente estos doctos burlescos del vulgo cristiano.

Todavía cabe una reflexion. Se dice que el diluvio comenzó el año seiscientos de Noé, el día 17 del segundo mes, y que concluyó el año seiscientos uno, el día 27 del segundo mes. Será, pues, una lunacion más diez dias. Pero en esta cuarentena veremos caer la lluvia por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches; despues las aguas cubriendo la tierra durante ciento cincuenta dias. Estas, comenzando á bajar hasta el 27 del sétimo mes, en que el arca reposa sobre el monte Ararat; despues, á los cuarenta dias, en que Noé suelta el cuervo; tres veces siete dias enviando la paloma en tres distintas ocasiones; á Noé, esperando aún algun tiempo para abrir el arca el primer dia del primer mes del año 601, para salir finalmente el 27 del segundo mes. ¿Cómo encerrar todo esto en una lunacion? Sólo hay un medio; siendo las lunaciones de entonces tan largas como los años al presente.

Hemos visto citar en apoyo de esta cronología reducida, á dos sábios justamente célebres, y estos sábios reconocen con todo el mun-



do, que los años de los patriarcas eran lo que todos llaman años (1). Por lo demás, las tradiciones de todos los pueblos están de acuerdo con Moisés sobre la larga vida de los primeros hombres.

El que entre todos vivió más años fué Mathusalem, el cual murió á la edad de novecientos sesenta y nueve años, en el mismo del diluvio. Segun el texto hebreo, la *Vulgata* y el samaritano, vivió doscientos cuarenta y tres años con Adam, trescientos cincuenta y cinco con Seth, trescientos con Henoch, seiscientos con Noé, y ciento con sus tres hijos. Así, entre Adam, padre del primer mundo, y Noé, padre del segundo, sólo hay una persona intermedia. ¡Qué facilidad para la historia y la religion primitiva de pasar sin alteracion de un mundo á otro!

A la edad de ciento ochenta y siete años engendró á Lamech, que es preciso no confundir con Lamech descendiente de Cain, que fué el primero en casarse con dos mujeres; como tampoco al profeta Henoch con Henoch hijo de Cain, que dió su nombre á la primera ciudad. Lamech vivió todavía cincuenta y seis años con Adam, ciento sesenta y ocho con Seth y ciento veintitres con Henoch el profeta. Tenia ciento ochenta y dos cuando engendró á Noé, que quiere decir, *descanso ó consuelo*, diciendo: «Este nos consolará de las obras y trabajo de nuestras manos en la tierra, á la cual maldijo el Señor (2).» Prediccion que se ha cumplido por más de un concepto. Noé alivió á los hombres en sus trabajos agrícolas, inventando, segun la tradicion hebraica, instrumentos de labor, y les consoló inventando ese licor que alegra el corazon del hombre. Fué un consuelo para la humanidad, y mereció por su sacrificio que Dios no maldijese más á la tierra (3). En un sentido más elevado, fué como el mediador entre Dios y los hombres; sepultó todos los antiguos crímenes en el diluvio, é hizo salir con él un mundo nuevo; era la figu-

ra de aquel que es nuestro verdadero Noé, nuestro verdadero reposo, nuestro verdadero consuelo.

Noé, el décimo patriarca, tenia la edad de cinco siglos cuando engendró á Sem, Cham y Jafet. Por estos tres cabezas de familia debia poblarse el mundo nuevo. A su nacimiento, el antiguo mundo se inclinaba hácia su ruina.

Lo que cada uno de nosotros experimenta en pequeño, el género humano sentia en mayor escala: el combate entre el espíritu y la carne, la razon y las pasiones. Dios nos habia hecho uno; el pecado nos ha dividido. Desde entonces hay dos hombres en nosotros; un Cain y un Abel, el uno carnal y el otro espiritual; el uno del hombre, el otro de Dios. Frecuentemente, en su misericordiosa justicia, Dios aflige la carne que se enseñorea, para librar al espíritu que es esclavo; hiere al cuerpo para salvar al alma. Así sucede en la humanidad entera. Dios la habia hecho una: el pecado la ha separado de Dios y de sí misma. Desde entonces en la sociedad humana se han encontrado dos sociedades: una de los buenos y otra de los malvados; una de los hijos de Dios, la otra de los hombres; la primera, representada por Abel, Seth, Henoch y Noé; la segunda, por Cain y sus descendientes. Habiendo venido la parte viciada del género humano á adular casi todo el resto, Dios hirió la carne para salvar el espíritu.

Esta parte contagiosa tiene un nombre muy conocido. Dejarse corromper y viciar á todo cuanto existe á su alrededor, ha dicho uno de los escritores más elocuentes y más observadores de la antigüedad pagana, Tácito, he aquí lo que se llama el siglo y el mundo (1). La parte opuesta se designa en el lenguaje cristiano con el nombre de la ciudad de Dios, la sociedad de los fieles, la Iglesia.

La corrupcion social se manifiesta en Cain matando á su hermano. Los descendientes del homicida imitaban, sin duda, desde luego las costumbres de su antepasado; sin embargo, no se ha dicho que haya habido excepciones. La virtud de Abel renació en Seth y se propagó

(1) Bochart, en su *Phaleg*; Michaelis, en su traduccion alemana del *Génesis*.

(2) Gén. 5, 29.

(3) *Menochius in hunc locum*.

(1) *Germania*.





como naturalmente en su raza; no obstante, no se dice que no se engendrasen más que buenos. Los demás hijos é hijas de Adam pertenecian á la sociedad de unos ó de otros, segun que escuchaban el espíritu ó la carne; porque es necesario no pensar que las dos sociedades que dividen el género humano, la Iglesia y el mundo, fuesen ó están separadas por distancia alguna en el espacio: lo estarán, sí, en la eternidad; pero en el tiempo no las separa más que el espíritu y el corazón. En la una, Dios es el Padre y el Soberano; en la otra, lo es el hombre. Los que reconocian la ley de Dios, interpretada por una autoridad divina, como la regla de su espíritu y de su corazón, estos son, por este concepto, los llamados hijos de Dios; hijos, quizá indóciles y culpables, porque acaso no ejecutarán siempre la palabra de su padre, en la cual, sin embargo, creen. Los que, por el contrario, sin negar la existencia de Dios, no de otro modo que la serpiente que sedujo á Eva, no reconocian la obligacion de someterse á su ley, ó sometian esta ley á la interpretacion privada, estos, que no reconocian en el fondo otros soberanos más que ellos mismos, no serán hijos de Dios, sino hijos del hombre. Por eso se ve fácilmente que basta querer para pasar de una de estas sociedades á la otra.

Segun lo que hemos visto, es verosímil que esta denominacion de los hijos de Dios y de los hijos del hombre, comenzó bajo Enós, hijo menor de Adam. La corrupcion hacia, segun parece, funestos progresos; cuatro generaciones más tarde, bajo Henoch, puesto que vemos á este profeta predicando la penitencia y amenazando á los pecadores con los juicios de Dios, llegó á su colmo hácia el año cuatrocientos ochenta de Noé. Hé aquí cuál fué la causa principal:

«Y habiendo comenzado los hombres (*que no eran de Dios*) á multiplicarse sobre la tierra, y engendrado hijas; viendo los hijos de Dios (*ó de los dioses, en opinion de San Cirilo*), las hijas de los hombres, que eran hermosas, tomaronse mujeres, las que escogieron entre todas (1).» Hé aquí cómo la corrupcion se des-

(1) Gén., 6.

lizó en la raza de los hombres de Dios, tales como Seth y Henoch. Sus descendientes se unieron á la raza corrompida de los malvados; escogieron mujeres, no por la belleza del alma, la virtud, sino por la fugaz belleza del cuerpo; las tomaron por esposas, no para engendrar hijos en el temor de Dios, sino para saciar más libremente las desenfadadas pasiones de la carne. Los siglos fecundos en crímenes, ha dicho un poeta pagano, han viciado al punto los matrimonios, la generacion y la familia; de este origen procede la ruina que se ha esparcido sobre la patria y sobre el pueblo (1). Aun los paganos mismos, como se ve, sentian que la salvacion del género humano dependia prácticamente de la santidad de la union conyugal.

En vista de esta degeneracion de la raza de los justos, á pesar de sus advertencias interiores y exteriores, el Eterno dijo: «No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre; ó siguiendo otra version: «mi espíritu no luchará siempre en el hombre, porque carne es, y serán sus dias ciento veinte años.» El soplo de vida que Dios habia infundido en el hombre no debia permanecer jamás, porque el hombre habia venido á ser carnal, y merecia ser de él privado. O bien, el espíritu de gracia que luchaba en el hombre contra el apetito desordenado, no debia continuar esta lucha sin fin; un gran golpe iba á herirle, que perdiendo el cuerpo, se salvaria, sin embargo, el alma. Ciento veinte años han sido dados todavía al género humano para desviar por su penitencia la terrible catástrofe. Los que piensan que estas palabras quieren decir que la vida del hombre se reducía á ciento veinte años, están en un error; porque despues del diluvio, vemos aún á los patriarcas vivir cuatro ó cinco siglos. Se trata de la dilacion de la gracia que está acordada todavía á los hombres. Dios, en vez de castigarles de repente, siempre bueno, siempre misericordioso, comienza por amenazarles; fija una época fatal, pero lejana; quisiera que no llegara y que se arrepintiesen, no viéndose obligado á su ejecucion.

(1) *Fecunda culpa sæcula, nuptias primum inquinaverit, et genus, et domos: hoc fonte derivata clades in patriam populumque fluxit.* Horat., l. 3, od. 6.



Estas amenazas fueron sin duda comunicadas al punto por Noé á sus contemporáneos; es decir, en el mismo año ciento veinte antes del diluvio. Pero como nos dice San Pedro, los contemporáneos de Noé no le creyeron entonces (1). Lo que ellos hacian antes, continuaron ejecutando á pesar de estas amenazas; comian, bebían, tomaban mujeres, se unían á sus hijas, sin inquietarse ni darse cuenta del castigo que les amenazaba.

Otra monstruosidad se veía aún. «Había gigantes sobre la tierra en aquellos dias; porque despues que los hijos de Dios entraron á las hijas de los hombres, y ellas tuvieron hijos, estos son los poderosos desde la antigüedad, varones de fama (2).» La Escritura dice un poco más adelante: «y corrompióse la tierra delante de Dios, é hinchóse de iniquidad (3),» segun el sentido de la palabra original. Se ve bien claramente por estas palabras, que estos hombres se hicieron famosos por la lujuria y la tiranía.

Los Santos Padres han hecho notar, que, por el orden primitivo de la naturaleza, Dios no otorgó al hombre dominio sobre el hombre, sino solamente sobre los animales. También antes del diluvio se ven pastores de ganados, pero no dominadores de pueblos. Allí se ven padres é hijos, pero no reyes si súbditos, dueños ni esclavos. En su primera infancia el género humano crecía únicamente bajo la autoridad paternal. Soberano propiamente dicho, teniendo derecho de vida y de muerte, no habia más que Dios. Se ve, por el ejemplo, de Cain y de su descendiente Lamech, que no habia aún comunicado á los hombres el derecho de matar á otro aun por crimen, puesto que el que mataba al primero debia ser castigado siete veces, y el que matara al segundo debia serlo setenta veces siete. Se reservaba para sí el castigo temporal del homicida. Era en este tiempo, dice Bossuet, el único rey de los hombres, y les gobernaba visiblemente (4). Bajo la

(1) 1. Pet., 3.

(2) Gén., 6, 4.

(3) Gén., 6, 11.

(4) Polit deducida de la Escrit., l. 2, art. 1. propos. 2.

dulce autoridad de Dios y de sus padres, los primeros hombres debieron, pues, haber gozado de una libertad y de una igualdad comunes. La degeneracion de los buenos, la multiplicacion de los malos, dieron el primer golpe á esta primitiva constitucion de la humanidad. Nacieron hombres de una talla prodigiosa y de un orgullo más extraordinario aún, y dijeron en su corazón: *que nuestra fuerza sea la ley de justicia* (1). Estos fueron los primeros tiranos. Acabaron de corromper la tierra y de atraer sobre ella los castigos del cielo. Job, Salomon, Baruch, el hijo de Sirac, les presentan con una elevada estatura, confiados en su fuerza, arrojando la guerra, gimiendo bajo las aguas con sus contemporáneos y pereciendo impenitentes y soberbios, sin pedir perdon por sus crímenes (2). La talla, la fuerza, la insolencia, la ferocidad; y en fin, el suplicio de estos monstruos humanos, ó más bien inhumanos, son igualmente renombrados en las tradiciones profanas.

«Y viendo Dios que (*á pesar de sus advertencias y amenazas*) era mucha la malicia de los hombres sobre la tierra, y que todos los pensamientos del corazón eran inclinados al mal en todo tiempo, arrepintiéndose de haber hecho al hombre sobre la tierra; y tocado de íntimo dolor de corazón: Raeré, dijo, de la haz de la tierra al hombre que he criado, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; porque me arrepiento de haberlos hecho (3).»

Aquel que es por esencia, siempre es el mismo y no cambia jamás. Dios no es como el hombre para mentir, ni como el hijo del hombre para cambiar (4). Abrazando en su eterno presente, el pasado y el porvenir de la criatura, ejecuta cada cosa en el tiempo y en el espacio; crea, destruye, renueva, opera cambios, pero sin cambiar él mismo, ni en su sér, ni en su inteligencia, ni en su voluntad. Todo cristiano lo sabe. Pero del mismo modo que cuan-

(1) Sap., 2.

(2) Job, 26, 5.—Sap., 14, 6.—Baruch, 3, 26.—Eecl., 16, 8.

(3) Gén., 6, 5-7.

(4) Núm., 23.





do un buen padre habla á sus hijos siendo niños, su palabra se adapta á su corta edad; así tambien, cuando Dios habla á los hombres, su palabra se hace hombre, digámoslo así, con los hombres. Dirá, pues, que se arrepiente, que se encoleriza, que se siente movido de compasion, que su corazon se entenece, que olvida. Y en un sentido, todo esto es verdadero; porque todo lo que el arrepentimiento, la cólera, la compasion, el olvido, pueden producir de bueno en el hombre, Dios lo opera sin resentirse nada de lo que puede haber en ello de imperfecto. Un hombre que se arrepiente de haber hecho una obra, la deshace, si puede, para volverla á ejecutar mejor. No hay en él de imperfecto más que el no haber previsto lo que le ha sucedido. Si más adelante viera que su obra tenia tales ó cuales defectos, y que no le sugirieron sino para producir más tarde un gran bien, la destruccion y la reconstruccion de esta obra no denotaria un cambio ni una imperfeccion en el propósito de obrar.

Dios ha hecho el género humano para una muy larga duracion; le ha hecho libre; ha dejado en su mano su propio consejo, y ha colocado ante él el bien y el mal. Veia perfectamente que este hijo de los siglos mancharia el fin de su primera edad con graves desórdenes; pero veia tambien al mismo tiempo que el terrible castigo de sus yerros le seria una saludable leccion para toda la duracion de su existencia. Cuando antes de llegar á la ejecucion este Padre dice al hijo que se arrepiente de haberle eriado, que estaba penetrado de un profundo dolor, era para hacerle sentir la enormidad de sus crímenes, era decirle de una manera más patética: arrepíentete, para que no me vea precisado á castigarte.

Para aumentar el terror de sus amenazas, Dios anuncia á los hombres que exterminará de la haz de la tierra, no solamente á ellos, sino los animales, los reptiles, las aves del cielo. Parece querer moverles á compasion, á vista de tantas criaturas condenadas á perecer con ellos, unicamente por que habian nacido para servirle. Todo esto fué en vano. Toda carne continuó viciándose y se hizo inevitable el castigo universal.

Sólo Noé encontró gracia delante del Señor, porque era justo y perfecto, en medio de una generacion tan perversa, y anduvo con Dios (1). Por él Dios anunciaba á sus contemporáneos la horrible catástrofe que iba á cernerse sobre ellos. Así San Pedro le llama el predicador, el heraldo de la justicia (2).

«Y como vió Dios que la tierra estaba corrompida, porque toda carne habia corrompido su camino sobre la tierra, dijo á Noé: llegado es delante de mí el fin de toda carne; la tierra esta llena de iniquidad delante de ellos, y yo los destruiré con la tierra. Hazte una arca de maderas labradas; harás apartamiento en el arca y la embetunarás por dentro y por fuera, y de esta manera la harás: de trescientos codos será la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura. Una ventana harás en el arca y darás un codo de alto á su cubierta, y la puerta del arca pondrás á su costado; y harás en lo bajo apartamientos y tres estancias en ella. Hé aquí, yo traeré aguas de diluvio sobre la tierra para destruir toda carne en que hay espíritu de vida debajo del cielo; todas las cosas que hay en la tierra perecerán. Y estableceré mi alianza contigo; y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo (3).»

Y le mandó aún hacer entrar con él siete machos y siete hembras de todos los animales puros; siete machos y siete hembras de las aves puras; dos machos y dos hembras de las aves impuras; de los reptiles, dos de cada especie, á fin de conservar la raza sobre la tierra. En fin, debia tomar de todas las cosas de que se puede comer, y llevarlas en el arca, para que sirviesen de alimento á ellos y á los animales.

¿Pero esta arca con las dimensiones que Moisés la da, era bastante grande para contener todas las especies de animales, y con los alimentos necesarios para un año? Hay quien lo pone en duda; hay quien lo niega formalmente; otros han calculado la capacidad del

(1) Gén., 6, 8 y 9.

(2) Pet., 2, 5.

(3) Gén., 6, 12-18.



arca, según las dimensiones asignadas, así como el lugar que era necesario ocupasen todas las especies de animales conocidos. Han tomado por base el codo egipcio, cuyo marco se encuentra aún en el Cairo, y que, según todas las apariencias, era comun entre los hebreos en tiempo de Moisés; esta medida tiene veinte pulgadas y media de la vara comun. Calculando sobre esta base la capacidad del arca de Noé, la han encontrado, no sólo bastante capaz para Noé y su familia, para todas las especies de animales y todas las provisiones necesarias, sino que todavía queda un espacio bastante grande y desocupado.

¿En qué época recibió Noé la orden de construir el arca. Se supone de ordinario que fué cien años antes del diluvio. No vemos, sin embargo, sobre qué está fundada esta opinion. Dándole la orden de construirla, dijo Dios: *Entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos*; lo cual deja naturalmente comprender que sus hijos estaban casados, y por consiguiente eran ya de cierta edad. Ahora bien: ellos nacieron después del año quinientos de su padre, un siglo antes del diluvio. La orden de construir el arca le seria, pues, dada veinte ó treinta años más tarde. ¿Se dirá que Dios habla de sus mujeres anticipadamente? Esto es posible, pero no hay nada que lo pruebe. Por otra parte, si fuera cierto, nada podria concluirse. Moisés dice bien, terminado la genealogía de Adam hasta Noé, que este último, habiendo vivido quinientos años, engendró á Sem, Cam y Jafet; pero no dice que lo que va á referir en el capítulo siguiente haya sucedido en la misma época. Se ve, por el contrario, que después de haber expuesto á continuacion todo lo que respecta á la genealogía, se concreta á la historia particular del diluvio, y comienza por una época anterior en veinte años al nacimiento de Sem, ó sea aquella en que Dios anunció que el

género humano no tendria más que ciento veinte años, para evitar el castigo de sus crímenes. Nos parece, por tanto, que esta es la mejor manera de conciliar estos dos textos.

El año cuatrocientos ochenta de Noé, Dios dió la primera advertencia á los hombres culpables, y les anuncia que no tienen más que ciento veinte años para hacer penitencia. Veinte años más tarde, Noé engendró sucesivamente sus tres hijos. Cerca de treinta años después de su nacimiento, cincuenta años después de la primera advertencia, setenta antes del diluvio, Dios mandó definitivamente á Noé construir el arca.

Noé ejecutó fielmente todo lo que Dios le habia mandado. Se puso á construir esta inmensa nave que debia salvar la raza humana. La construccion de semejante embarcacion debió excitar la atencion general y recordar á todo el mundo las predicciones y las amenazas precedentes. Noé sin duda añadió tambien á las amenazas las nuevas predicciones que Dios acababa de hacerle. *Los hombres no creyeron aún; pero presumiendo siempre, sin convertirse, de la paciencia de Dios con que contaban, comían y bebían hasta el dia en que Noé entró en el arca* (1). Hicieron lo que hacen aún la mayor parte de los hombres. Cada uno sabe perfectamente que la muerte no está lejos, y que un dia no lejano vendrá á sorprenderle; y sin embargo, se vive como si hubiera de alcanzarse más años que Mathusalem. La edad, las enfermedades son una buena advertencia, y sin embargo se dice con fiabilidad: Dios que nos ha sopor-tado tan largo tiempo, nos tolerará aún más. Así pensaban los contemporáneos de Noé, hasta que el diluvio vino impensadamente á sepultarles á todos, del mismo modo que la muerte nos arrebató de improviso.

(1) 1 Pet., 3, 20.—Math., 25, 38.—Bossuet, *Eleval.*